

# • CAPÍTULO UNO •

*PRESENTE*

LINA

**C**uando la puerta de la limusina se abre, se oye un jadeo colectivo entre los invitados a la boda. La novia lleva un vestido verde claro; amarillo verdoso para ser más precisa.

Bliss Donahue baja del vehículo con elegancia y esponja las capas de tafeta de la falda que cubre la mitad inferior de su cuerpo, ajena a las expresiones boquiabiertas de quienes atestiguan su llegada a la posada en Virginia del Norte que eligió para el evento.

Como si fuera una veterana de la familia real, se para frente a sus súbditos imaginarios y agita una mano, con el rostro apenas elevado para captar el brillo del sol. Después de una pausa de treinta segundos para acentuar el dramatismo, da varios pasos majestuosos sobre el camino de grava,

con los volados del vestido agitándose en la brisa de abril. Algunas de las mujeres mayores chasquean la lengua desaprobandando el vestido de novia. Otras es evidente que están espantadas.

Me mantengo a unos metros de distancia, discreta como siempre, lista para enfrentar cualquier contratiempo que amenace con arruinar el día de Bliss. A pesar de que le advertí que el vestido podría opacar los detalles elegantes del evento, ella estaba convencida de que el color inusual acentuaba sus mejores rasgos. En mi opinión, solo acentúa su estilo cuestionable, pero, como organizadora de bodas, mi trabajo es darles vida a las ideas de la pareja, sin importar cuán extrañas sean. Para ser clara, expreso mi preocupación si la situación lo amerita, pero, a fin de cuentas, no es mi día, y si Bliss quiere caminar al altar con un vestido que parece hecho de notas adhesivas para cumplir con un desafío de materiales no convencionales de *Project Runway*, no puedo detenerla.

Eso no quiere decir que no aprecie los sucesos inesperados. He tenido experiencias gratas con atuendos creativos (mi preferida fue una boda en la que la pareja de lesbianas usó trajes de tres piezas de color crema), y apoyo con gusto los planes no convencionales siempre que es posible, más que nada porque preferiría que no existieran las convenciones. Solo que a veces, un vestido amarillo verdoso con volados es simplemente... de mal gusto.

Ya que Bliss logró entrar a la posada sin incidentes, tomo el móvil para revisar el itinerario de la ceremonia. Estoy

leyendo la segunda línea cuando Jaslene, mi asistente y mejor amiga, aparece detrás de mí.

–Lina, tenemos un problema –dice.

La noticia dispara una descarga de adrenalina por mis venas. *Por supuesto que tenemos un problema. Para eso estoy aquí.* Con renovada motivación, giro y llevo a Jaslene lejos de la entrada.

–¿Qué ocurre? –le pregunto. Su rostro luce relajado. *Eso es bueno.* Aunque noto un dejo malicioso en sus ojos oscuros. *Eso no es bueno*–. Ay, no. Te brillan los ojos. Si para ti es gracioso, para mí será aterrador.

–Ven. –Con una sonrisa de oreja a oreja, me toma del brazo y me guía hacia las escaleras–. Es el novio. Tienes que verlo tú misma.

La sigo hasta la habitación del novio y golpeo tres veces. Me cubro los ojos antes de abrir un poco la puerta.

–Si no están presentables, tienen quince segundos para cubrir sus partes importantes. Ustedes deciden cuáles son. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

–Estamos presentables, pasa –anuncia Ian, el novio.

Su voz afectada advierte que las cosas no están para nada bien, algo que confirmo por mí misma al entrar y destaparme los ojos. Parpadeo. Trago saliva. Luego, suelto una pregunta obvia pero tonta:

–¿Dónde están tus cejas?

–Pregúntales a estos idiotas –bufa señalando a los otros tres hombres presentes–. Pensaron que sería muy divertido afeitarlas la noche antes de mi boda.

Dos de los acompañantes miran hacia abajo. Como necesito un objetivo, fijo la vista en el único hombre que no evita mi mirada. El padrino, desplomado en un enorme sillón, con el cabello rubio ceniza despeinado, eructa y se encoge de hombros.

–Estábamos borrachos, ¿qué puedo decir? –Dirige los ojos rojos e irritados hacia el novio–. Lo siento, amigo.

–¿Disculpa? –Avanzo hacia el cavernícola y me inclino para quedar a su nivel, con los puños apretados como prevención–. ¿Eso es todo lo que puedes decir? Allí afuera hay una novia que sueña con este día hace meses y que quiere que sea perfecto. Quiere recordarlo por el resto de su vida, y ahora tendrá que hacerlo como el día en que se casó con un hombre al que le han dejado la cara como un hámster recién nacido. ¿Y lo único que puedes decir es que lo sientes?

–Lina, eso no ayuda. –Jaslene jala la tela de la espalda de mi vestido para enderezarme.

–Tienes razón –admito y me muerdo el interior de la mejilla para recuperar la expresión tranquila y controlada–. Bien, vuelvo en un segundo.

Mientras maldigo por dentro a la hermandad mundial de padrinos estúpidos, salgo de la habitación, bajo las escaleras a toda prisa y corro hasta mi automóvil. Una vez dentro de mi Volvo, viejo pero confiable, busco en el asiento trasero hasta encontrar el kit de emergencias. Lo abro para confirmar que mis elementos de maquillaje estén dentro. Vuelvo a la habitación tan rápido como mis piernas y mis zapatos lo permiten, sin animarme a mirar a ninguno de

los invitados que esperan en el vestíbulo. En la habitación, veo a una mujer que parece haberse sumado al séquito del novio durante mi ausencia, pero no me molesto en preguntarle quién es ni qué hace aquí; conversar no arreglará las cejas de Ian, así que no tengo tiempo para eso.

Después de desplegar el contenido de mi bolso de maquillaje sobre el tocador, llevo una silla frente al espejo y palmeo el asiento.

–Siéntate –le indico.

–¿Qué harás? –pregunta con recelo.

–¿Qué haré? Arreglar el desastre que han hecho tus padrinos, por supuesto.

–¿Funcionará? –insiste.

Es probable que no, pero parte de mi trabajo es transmitir seguridad en situaciones desafiantes. Le muestro un pequeño producto.

–Este es un delineador de cejas. Sirve para rellenarlas, no para dibujarlas desde cero, pero espero que sirva. Aunque no se verá lindo, al menos tendrás algo sobre los ojos al momento de decir «Acepto».

Cual hienas con la lengua afuera, los padrinos se amontonan para burlarse del predicamento de Ian. Con amigos como esos, ¿quién necesita enemigos? Cuando les dirijo una mirada letal, se enderezan y vuelven a mirar el suelo con atención.

–Mi cabello es castaño, eso es rubio –señala Ian después de mirar el producto con más detenimiento.

–Bueno, los novios cuyos amigos les afeitaron las cejas

antes de la boda no pueden darse el lujo de elegir de una amplia paleta de colores. Es esto o un marcador. Puedo ponerle encima una sombra más oscura. No tenemos mucho tiempo, ¿qué prefieres?

–Está bien, hazlo. –Se pasa una mano por el rostro–. Pero no me conviertas en Spock, por favor.

–Hecho. –Tras negar con la cabeza y rogarles a los dioses de las bodas, me pongo manos a la obra mientras contengo la risa lo más posible. *Buena suerte.*

De más está decir que mi trabajo a veces es un ridículo desastre, y me encanta.



Desde una esquina de la carpa, veo a los invitados reunidos y bailando, tranquila de haber evitado otra crisis. Sí, puede que parezca que el novio tiene dos trozos de alfombra sobre los ojos; y *sí*, la niña de las flores comentó: «Oye, luce como uno de los *Angry Birds*», pero mis clientes están felices y eso es lo que importa. Teniendo en cuenta que trabajé sin recursos, diré que el bótox de cejas fue un éxito.

Ahora puedo disfrutar de mi parte preferida del evento: la que viene después de que la pareja honre las tradiciones que hayan elegido. A partir de ese momento, yo ya no tengo nada más que hacer, solo vigilar por posibles problemas técnicos de último minuto. Por fin puedo relajarme un poco, aunque no *demasiado*. Muchas bodas se arruinaron por una barra de alcohol libre. Todavía se me eriza la piel al recordar

al novio que le sacó la ropa interior a la novia en lugar de la liga. *Uff.*

–Bien salvado allí arriba –dice alguien a mi izquierda.

–Gracias. –Giro para ver quién es y la reconozco de inmediato–. Estabas en la habitación del novio, ¿no?

–Así es –responde la mujer.

–¿Eres familiar de él?

Asiente con la cabeza, presiona los labios y suspira resignada.

–Ian es mi primo.

–Es un buen hombre.

–Un buen hombre que pierde el encanto por completo cada vez que está con los idiotas de sus amigos –protesta arqueando una de sus perfectas cejas.

Como para confirmarlo, uno de los padrinos muestra los dientes y comienza a menear las caderas al pasar junto a nosotras. Otro se tira al suelo y se arrastra como un gusano sobre el piso de madera. El último baila como un robot.

Aunque el comentario de la mujer es acertado, los miro sin inmutarme.

–No puedo afirmararlo ni negarlo.

–No tienes que decir nada en realidad, se avergüenzan por sí solos. –Gira para enfrentarse a mí y me extiende una mano con manicura delicada. El movimiento hace que el cabello rubio de corte carré, sencillo pero arreglado con experticia, se sacuda contra su mejilla–. Rebecca Cartwright.

–Lina Santos.

Mientras estrechamos las manos, me maravilla su cabello

lacio, algo que nunca pude tener. Incluso ahora, mis rizos están luchando contra la infinidad de horquillas que intentan sostener mi recogido en su lugar. Me encanta la versatilidad de mi cabello, así que no la envidio, pero me *fascina* lo simétrica que es. Estoy segura de que, si la divido a la mitad y comparo ambas partes de su cuerpo, serían idénticas.

–Me impresionó lo que hiciste arriba –repite, inclinada ligeramente para ofrecerme una sonrisa cómplice–. No debe ser algo que veas todos los días, ¿no? ¿A un novio con las cejas rasuradas?

–Créeme, lidiar con disparates como ese es un gaje del oficio. –No puedo evitar sonreír al hablar. Rebecca se acerca un poco más.

–Pero estoy segura de que hay una historia detrás del vestido de la novia.

–Esta vez, apelaré a la quinta enmienda.

Sus ojos azules danzan por el lugar, luego asiente con firmeza como si hubiera tomado una decisión.

–También eres discreta. ¿Alguna vez pierdes la compostura?

Me estudia el rostro con tal detenimiento que no me sorprendería tener el punto rojo de la mira láser de un francotirador en la frente. Pero no puedo decir que sea espeluznante, solo intensa, así que ignoro la energía extraña y me concentro en la pregunta. ¿Si pierdo la compostura? Rara vez. Sin embargo, el momento en el que quise ahorcar al padrino hace un rato viene de inmediato a mi mente.

–Por desgracia, tengo deslices algunas veces, pero suelo



ser la que mantiene las cosas bajo control. Si yo pierdo la compostura, mis clientes también lo harán.

–¿Cuánto tiempo llevas planeando bodas? –quiere saber. Ah, ¿allí apunta esta conversación? ¿Estará buscando una organizadora para su propia boda? Les echo un vistazo a sus manos–. No estoy comprometida –advierde y agita los dedos–. Solo tengo curiosidad.

–Perdón, es una costumbre profesional. –Se me acaloran las orejas–. Llevo un poco más de cuatro años en el negocio. Del Te quiero al Sí quiero, así lo llamé.

–Qué ingenioso –afirma con una sonrisa–. ¿Y te gusta?

Me quedo mirándola porque la pregunta me tomó por sorpresa. Nadie se había molestado en preguntarme eso antes, pero sé lo que le diría a un potencial cliente, así que el discurso sale con naturalidad:

–Disfruto el desafío de ayudar a una pareja a escoger un tema significativo para su boda. Me gusta tener la oportunidad de organizar ese día especial hasta el más mínimo detalle. Si algo sale mal, y *siempre* algo sale mal, me enorgullece encontrar soluciones viables y hacer felices a todos. Locaciones desafiantes, programaciones caóticas, errores con el servicio de catering... Son prisas más que cargas.

Rebecca inclina la cabeza y me analiza, aparece una arruga entre sus cejas.

–Pero debe haber un lado amargo. O algo que te frustre sin remedio. Ninguna vocación, ni siquiera una que te apasiona, está libre de desafíos.

Jamás lo admitiría delante de ella, pero organizar bodas

fue mi segunda opción, un esfuerzo por reinventarme después de que mi carrera como asistente legal fracasara de forma terrible. Soy hija de inmigrantes brasileños, ambos de origen humilde. Cuando mi padre nos abandonó, mi madre nos crió sola a mi hermano y a mí, trabajando sin descanso para darnos un futuro mejor. Le debo a ella y a mis tías haber podido superar las adversidades y tener éxito en la profesión que elegí. A fin de cuentas, pude empezar mi negocio gracias a sus ahorros, reunidos con mucho esfuerzo. Ya no queda lugar para cometer errores, y saberlo me agobia. Me agobia tanto que temo arruinar esta oportunidad igual que a la primera. Ese es el lado amargo: la presión por tener éxito puede llegar a ser paralizante. Pero no compartiré mis cargas con una extraña. «No dejes que te vean débil» es mi mantra y me ha funcionado durante años. Reviso las quejas que podría compartir con Rebecca y elijo una inocua.

–Los clientes indecisos suelen poner a prueba mi paciencia, pero en líneas generales, es un buen negocio.

–Debo admitir que has hecho un gran trabajo aquí –dice al señalar la pista de baile con el mentón–. Sin contar a la novia, que luce como un apio, es una boda adorable.

–Oye, esa no es forma de hablar de alguien que está celebrando su día especial –advierto negando con la cabeza–. Bliss es encantadora en todos los aspectos importantes.

–Tienes razón, lo es. –Las mejillas de la mujer se sonrojan, pero luego se encoge de hombros–. A partir de hoy, somos familia y eso significa que hablaremos a sus espaldas cuando la situación lo amerite. Eso es lo que hacemos.

Para ser honesta, la entiendo. Con los años, mis primos y yo hemos desarrollado una serie de señas con las manos y con la mirada para criticar a la cita de otro o a alguno de nuestros parientes sin que lo noten. Como solemos usarlas durante reuniones familiares, suele haber música de fondo y, a estas alturas, mi madre y mis tías creen que el sistema de comunicación es una versión actualizada del baile del pollito.

–Te preguntaré algo –continúa–, ¿alguna vez pensaste en expandir el negocio? ¿En tener un socio, tal vez?

*No, no, no.* A pesar de los desafíos de ser independiente, mi negocio crece a un ritmo aceptable y no quiero que nada arruine el delicado equilibrio que mantengo. Solo alteraría el *statu quo* por una oportunidad que llevara la empresa a otro nivel, y no imagino que una persona encaje en esa condición. Con eso en mente, decido desviar el tema.

–Bueno, háblame un poco de ti, Rebecca. ¿Alguna vez has planeado una boda?

Ella retrocede boquiabierta mientras me evalúa.

–Nunca he tenido el honor. Pero suena divertido.

*Ah, ya veo.* Experimento la misma reacción al menos una vez durante cada boda. Las personas quedan impresionadas por el producto final (los arreglos florales deslumbrantes, la música sincronizada a la perfección, las locaciones imponentes, el embriagador aroma a romance en el aire), y se convencen de que también pueden hacerlo.

–*Es divertido.* También requiere de una capacidad organizativa excepcional y una minuciosa atención al detalle. Por suerte, mi asistente y yo tenemos un buen sistema. Espero

que algún día acepte trabajar conmigo a tiempo completo. –En el momento perfecto, como siempre, Jaslene atraviesa la pista de baile hacia la cabina del DJ, con la carpeta sujetapapeles que me robó de debajo del brazo, y sé por qué: *Baby Got Back* está en la lista negra musical de la pareja–. Si te interesa iniciar una carrera como organizadora de bodas, hacer un curso en línea sería un buen comienzo.

Rebecca aprieta los labios, es evidente que quiere ocultar una sonrisa.

–Para ser honesta, estás poniendo de cabeza los planes que había puesto en marcha, pero creo que teníamos que conocernos hoy.

–No entiendo. –¿Qué quiere esta mujer? Nada de lo que dice tiene sentido.

–Perdón. –Suspira y niega con la cabeza, como si estuviera frustrada consigo misma–. Estoy siendo críptica y debes estar buscando la salida más cercana. En resumen, tengo una propuesta para ti, pero no creo que sea el momento ni el lugar para discutirlo. –Busca algo en su bolso y me lo entrega–. Aquí está mi número. Si quieres, te puedo invitar a almorzar y te cuento más detalles.

Con eso se aleja y desaparece entre los invitados que están en el otro extremo de la pista de baile. Bajo la vista hacia la tarjeta de presentación labrada y de papel texturado, tan elegante como la invitación a una boda. Además del teléfono, con número de área 202 de Columbia, dice:

*Rebecca Cartwright*

Directora ejecutiva

GRUPO HOTELERO CARTWRIGHT

**\*\*Hotel con certificación Forbes\*\***

¿Vieron ese momento en el que te das cuenta de que acabas de quedar como una idiota? Sí, este es uno de esos momentos.